

FERNANDO OPERÉ¹

Barcelona en la memoria

A Antonio Soler

A alguien que me escuchaba
confesé el miedo de morir
antes de mi estrenada primavera.
¿Cómo poder enmendar
la monotonía del blanco?
En mi natal hipotenusa
el viento aullaba famélico,
y a Barcelona fui
buscando rescatar
un manojito de aprecio.

Hallé la luz original del mar
y el sueño de su acuática pedrería.
Belleza desdeñosa me acogió,
me dio pan, y abrióme la puerta
a la confusa ambrosía de la vida.

Sombra amada, risueña dentadura
de confuso encuentro.

¹ ANLE, escritor, poeta y catedrático en el Departamento de Español, Italiano y Portugués de la Universidad de Virginia. Estos poemas pertenecen al manuscrito del poemario inédito *Ciudades de tiza. Paisajes de papel*. Cuenta con una amplia producción en materia de estudios e investigaciones. <http://www.fernandoopere.com>

Qué rápido transcurre el tiempo
cuando no se le vigila.

Junto a las Ramblas
busqué pechos de amor
y dibujé riberas.
A Espriú lo leí en el tren de loza
que empujaba su asma al Tibidabo.

Hallé amistad entre plazas y callejas
y al compás lento del mar
abandonado en el invierno.

Junto a un Gaudí de magia
escuché el sermón del viento
y compré el boleto de ida
para la próxima jornada.
Compañeros fueron
un San Jordi sin bandera
y la luz radial corriendo a oleadas
en sus hombros.

No sé si las primeras tormentas
se alejaron, pero al calor sin fogón
del Mediterráneo antiguo,
Barcelona se alza en mi memoria
entre muros romanos
y calzadas griegas, entre un dragón
que festeja en catalán la sal del puerto
y los emblemas de sangre
en la saliva del silencio.

Allí escribí el primer capítulo
de esta larga jornada
disfrazado de poeta.

La hora de Pamplona

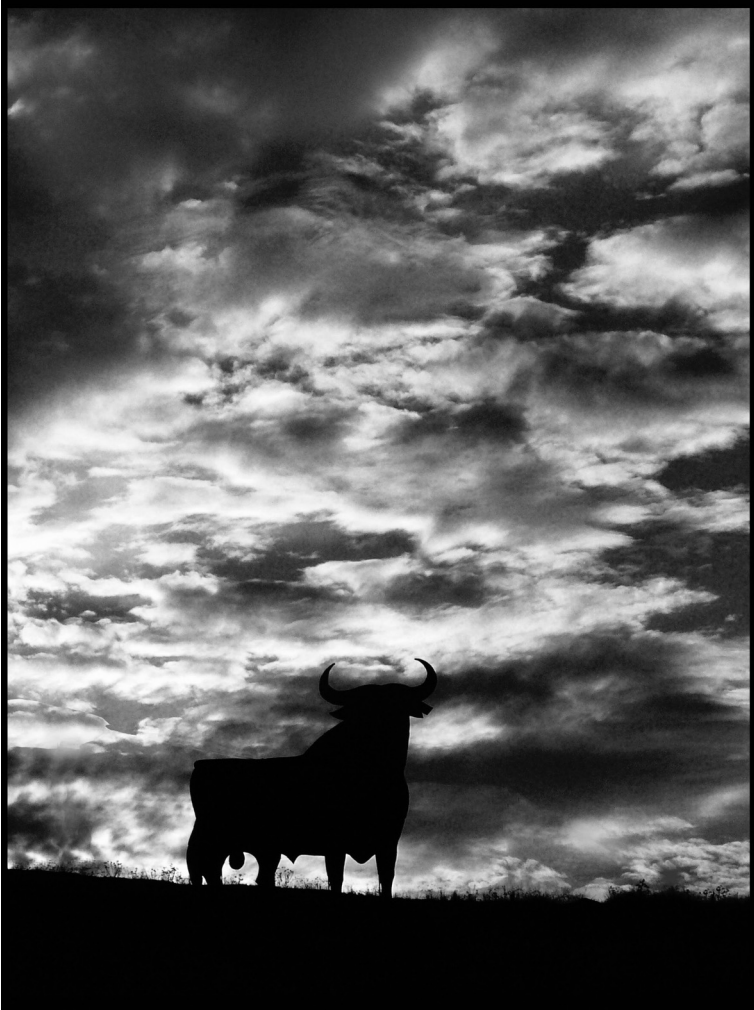
La hora de Pamplona es
la de la sangre,
la del fuego en los labios
en tardes sin diámetro
o la hora del vino
en aceras y adoquines.

Es una hora naciente,
que abre puertas y cierra corrales,
del silencio rojo y la emoción contenida,
del morir de locura en una esquina
o de asta en el vallado.

No es tiempo con dígitos,
reloj, o tiránica esfera.
No tiene cinco ni madres.
Es la hora sin manillas
que salta un año,
y devora una década,
que barre hojas del calendario
y se fija en la pupila
del que quedó tumbado
al pie de la barrera,
el que desguazó la risa,
envenenó el pánico
y cantó a San Fermín sin devoción,
con la noticia en la mano,
pero sin fe, sin Dios ni purgatorio,
sin altos andamios o lluvias de marzo.

Es simplemente la hora de Pamplona
que detiene una semana en julio
como un golpe de luz, de sueño,
de barro y toros, de vendaval y canto,
y luego se retira silenciosa,
conventual, pétrea,
hasta que el reloj vuelva a marcar

la hora granate, la húmeda,
la que no tiene segundos sino venas,
la helada hora del miedo
y la efímera alegría.



© *Toro de España*, GPR

Lloverá en Santiago

Lloverá en Santiago,
lloverá en los caminos
y las ermitas, en las altas
torres de la altiva catedral,
en su fe y su vigilia.

Lloverá en sus piedras
y adoquines, sus indómitas
columnas, en los tejados,
en su constancia infinita.
Lloverá entre los rezos,
lloverá en las vigiliás,
las salves y el incienso,
las capuchas y misas.

Lloverá y lloverá,
hoy y mañana, a la tarde,
de madrugada, mientras
los pasos peregrinos,
llaman a las puertas
y caminan con hambre milenaria
o zancadas de atleta.

Lloverá en Santiago,
en martes trece, en las fiestas,
de agosto, entre el éxtasis
y el barril de las desdichas.

Lloverá en el alma,
en la mentira del santo
y su sepulcro, en el oculto
callejón, en las esquinas.

Lloverá en la memoria
y los cribados recuerdos,
en mis piernas cansadas,
en mi gastada alegría.

Lloverá los días de sol,
en el verdín de los tejados,
en el ancho horizonte
que da al mar,
y en la mirada con que te observo
cuando dormitas.

Lloverá en Compostela y en Galicia,
lloverá aunque hacia abajo
la pertinaz Castilla se ahogue de sed.

Lloverá y lloverá
en el espacio que media
entre la muerte y la vida.



2006 © *Por Alfacar, GPR*